

Hortensia Calvo y Beatriz Colombi (estudio preliminar, edición y notas). *Cartas de Lysi. La mecenas de sor Juana Inés de la Cruz en correspondencia inédita*. Segunda edición corregida y ampliada. Madrid: Iberoamericana – Vervuert, 2023. ISBN 978-84-9192-370-1. 286 pp.

Sor Juana atrae. La segunda edición en rústica del exitoso libro que versa sobre la figura de María Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, personaje clave en la vida de la monja jerónima, ofrece un nuevo prólogo, dos misivas más de la virreina y unas pocas correcciones y notas. La edición original (Iberoamericana, 2015) vino en un momento de cambio del paradigma en la crítica sorjuanista: la línea de la cada vez más desaforada ‘secularización’ y ‘modernización’ de la poetisa, que alcanzó su suma en la magna obra de Octavio Paz (*Sor Juana Inés de la Cruz, o las trampas de la fe*, 1982) y culminó en el tricentenario de su muerte, en 1995, empezó a resquebrajarse por el cuestionamiento de sus premisas y por las lecturas más cuidadosas de los textos (incluidos los religiosos y los nuevos documentos). Muchos colaboraron en esta tarea, otros tantos no se han dado por enterados todavía. *Cartas de Lysi* vino en aquel momento bisagra.

El “Prólogo a la segunda edición” destaca el aporte del libro en publicar cartas familiares (y, así, poner la cara humana a los tiempos pasados) de una mujer en un importante papel ceremonial de su época. La “Introducción” traza el plan del libro. La primera parte, de investigación histórica, consiste en dos capítulos. En el primero, se examina detalladamente la “proveniencia, contexto y contenido” de las cuatro cartas de María Luisa que se ha podido rescatar (dos de la biblioteca de Tulane, una nota de pésame, de la Fundación Casa Medina Sidonia, en Cádiz; y una de la biblioteca Lilly, de la Universidad de Indiana, Bloomington). El segundo capítulo, el más suculento, presenta una minuciosa investigación biográfica de María Luisa y de su abolengo, que arroja también un interesante cuadro de la época.

María Luisa (1649-1721) venía de una de las familias más ilustres y poderosas de España. En 1675 casó con Tomás Antonio de la Cerda (1638-1692), futuro virrey de Nueva España, también de una familia ilustre, cuyo padre fue uno de los protectores de Francisco de Quevedo y cuyo hermano mayor fue valido del rey entre 1680 y 1685. Parece que fue la gestión del hermano que le dio ‘aire americano’ a una familia que acababa de perder dos pequeños hijos en años sucesivos. Si bien aquel cae en desgracia, en 1685, y se exilia de la Corte (de sus quejas dan testimonio dos cartas de 1687, en “Apéndice”), no parece que esto se extendiera a Tomás, quien, a la vuelta a España en 1688, recibe los honores de Grande el año siguiente y compra el cargo de Mayordomo de la nueva reina, Mariana de Neoburgo (el cargo que, además de la hacienda, por poco, le cuesta la vida). Esta es la oportunidad que aprovecha la pareja de los exvirreyes para pedir

colaboraciones teatrales a Sor Juana, que ella empieza a cumplir auspiciosamente en 1690 con una serie de autos sacramentales, donde la monja impertérrita se propone enseñar a la Corte española las verdaderas cosas de América. También María Luisa recibe los honores de Grande, el mismo mes que muere su marido. Sus cargos posteriores la ligan a la facción austríaca y al amargo final en el exilio después de la Guerra de Sucesión, lo cual también afecta la sucesión de Sor Juana.

La “Cronología” pone en un cuadro sinóptico lo expuesto en la parte histórica del libro. La segunda parte trae los facsímiles de las cuatro cartas de María Luisa, su transcripción paleográfica y su versión modernizada. Las primeras tres son dirigidas a su prima María de Guadalupe, duquesa de Aveyro; la cuarta está escrita para su padre, quien entretanto murió. La primera, de 1676, es un breve pésame por la muerte del cuñado de la duquesa. Las dos siguientes son las más interesantes, escritas en el comienzo de la estadía mexicana (1680-1688) de María Luisa. La primera, de diciembre de 1682, responde a una misiva de la duquesa. María Luisa comenta prolijamente asuntos de la Corte de Madrid, menciona la preocupación por su reciente embarazo, en contexto con el malogrado parto de abril, vuelve a los chismes, salta a su estado de ánimo en “la insulsísima tierra” y “grande la soledad” donde le toca vivir en aquellos momentos. Porque, ¿con quién podía hablar en el Nuevo Mundo esta joven bien educada y de amplias miras? Allí emerge la figura de Sor Juana como refugio y buena compañía para conversar.

Los virreyes se quedaron impresionados por el Arco de bienvenida ingeniado por Sor Juana, un delicioso juego de ingenio barroco y explicado en su *Neptuno alegórico*, y la visitaron en algún momento en la primavera de 1681. Los dos quedaron encantados de ese encuentro, y especialmente las mujeres descubrieron “aquel secreto influjo de humores o los Astros, que llaman simpatía”, del que da cuenta la “Advertencia” al romance 16 (*Obras completas*, I, ed. Méndez Plancarte, p. 48) y que tanto enredó la cabeza a Octavio Paz y a muchos otros. Las visitas de los dos a la monja empezaron a repetirse... Ciertamente, en nuestra época, invadida por las pulsiones freudianas, dos mujeres brillantes, casi de la misma edad (en 1681, María Luisa iría para 32 y Sor Juana, si le creemos a ella, pasó los 29) y nacidas bajo el mismo signo de Scorpio, dan mucho que hablar e imaginar. Las lecturas corren a cuenta de los lectores, pero no a la de sus objetos: condición olvidada por la crítica (y filmografía) “liberada” pospaziana y posderridiana.

Es interesante el retrato de la monja que hace María Luisa. Trata de definir, tal como los recuerda, sus rasgos más llamativos. Es una monja, escribe, “que es rara mujer”. Versada en muchas ciencias, y eso que se había criado “en un pueblo de cuatro malas casillas de indios” y no las haya estudiado sistemáticamente. Su ingenio es grande. Sigue la referencia a los motivos de su profesión, “queriendo huir los riesgos del mundo”. Y luego lo importante para el momento bisagra, sobre su llegada al Palacio en tiempos del marqués Mancera: “Recién venida, que sería de catorce años, dejaba aturridos a todos” (pp. 221-22). El virrey Mancera llega a México en agosto de 1664 y toma el poder en noviembre; los festejos seguirán

todavía unos meses. Su esposa Leonor organizaría su séquito de damas a lo largo de 1665 cuando, en algún momento, entra la joven Juana que, para el comienzo de ese año tendría cumplidos trece años y dos meses. Es una información ciertamente de la boca de Sor Juana. Este dato se ajusta más claramente a su nacimiento en 1651 que en 1648 (toda la comedia de errores y mala leche en torno a su nacimiento se analiza en esta revista, 14, 2021: 4-22). Recordemos que para la jovencita el Palacio es la universidad, que no puede atender como mujer. Se queda en el Palacio unos dos años, cumple quince en 1666, da el examen ante los “sabios” y, en la disyuntiva entre ‘entrar en el mundo’ o huir sus riesgos, elige lo segundo (episodio analizado nuevamente en nuestro libro *La mujer que quiso ser amada por Dios*, Madrid: Verbum, 2016: 35-38). Si las editoras de *Cartas de Lysi* hubieran reflexionado el dato de la marquesa, les habría salido una “Cronología” menos enrevesada en cuanto a Sor Juana.

La tercera y última carta dirigida a la duquesa, de agosto de 1683, es una información sobre el parto logrado del hijo José y queja de falta de noticias de la prima. La carta intentada para su padre, de julio de 1687, es interesante por describir la relación tensa con los nuevos virreyes y la alegría por el hijo que cumplió cuatro años y celebrado como “criollo” por los mexicanos. Es de admirar la acribia editorial que permite a los lectores entender las muchas veces recónditas referencias personales en las cartas.

Los apéndices ofrecen importantes materiales complementarios, como la nómina de la comitiva de los virreyes, dos cartas del hermano mayor dirigidas al virrey (una de quejas por su condición de desgracia en la Corte y otra, de mayo de 1687, donde le comunica la muerte del padre de María Luisa y las consecuencias), y cierra el volumen una selección de poesía mutua de María Luisa y Sor Juana, de retratos y unos facsímiles de ediciones originarias.

Cartas de Lysi ofrece una cornucopia de ricos materiales varios, cuidadosamente editados; cúmulo de información que le pone cara humana a una época del Virreinato, destacando el papel de las mujeres en ella. La aproximación del contexto de vida de Sor Juana y aun cierta información precisa que nos da, es un no pequeño beneficio.

Emil Volek
Arizona State University, Tempe